



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires

A

# El equilibrio humanístico en Eneas Silvio Piccolombini, "en torno a la Epístola de Mahomet II"

Autor:

Ángel A. Castellán

Revista:

Anales de Historia Antigua y Medieval

1955 - 7, pag. 21 - 42



Artículo



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL  
Repositorio Institucional de la Facultad  
de Filosofía y Letras, UBA

# EL EQUILIBRIO HUMANISTICO EN ENEAS SILVIO PICCOLOMINI

En torno a la Epístola de Mahomet II

POR

**Angel A. Castellan**

Motivos diversos solicitan nuestra atención en torno a la figura histórica de Eneas Silvio Piccolomini, hombre cabal, tanto en la hurgante inquietud del hombre de letras, como en la serenidad misionera de la Cátedra Apostólica.

Tiempos de Cruzada, éstos también, en que un nuevo bárbaro presiona nuestras fronteras, invitándonos a recordar el ejemplo de quien persiguió durante su vida metas claras y definidas.

Las circunstancias históricas aceptan tradicionalmente esfumadas semejanzas, pero no se pliegan con facilidad al paradigma que intentamos proyectar en el tiempo. No obstante, ciertos motivos de fondo, permiten obrar en el espíritu alerta aquella útil reviviscencia que señalara Croce, como esencia misma del pensar histórico, y desde este punto de vista, resulta evidente que el magisterio del docto Pío II puede alcanzar en nosotros aleccionadoras resonancias.

En estas condiciones, una meditación sobre su humanismo integral deja de ser un intento arqueológico para impregnarse con la cálida linfa que transmite nuestros anhelos más íntimos. Nos aleja del ejercicio erudito y nos compromete, en la raíz misma del acontecimiento, a percibir los motivos vitales que mueven su siglo y su problema.

Ya no creemos tanto en la eficacia del verbo retórico, y nuestro juicio sobre las cúpulas bizantinas, extrañamente mezcladas a una y otra circunstancia, no puede padecer su optimismo. La historia de Occidente se ha encargado de complicar a la "altera Roma", por cuya defensa suspiraba, hasta convertirla en una "contra Roma", envuelta en los vahos grisáceos y amorfos de un antihumanismo fundamental.

Eneas Silvio Piccolomini sintió profundamente el choque de cosmovisiones en la presencia del turco, que configuraba indudablemente, algo más que un problema de hegemonías políticas; pero, ¿no tenía en la vecindad de los Alpes el fermento que habría de corromper la esencia del Logos? ¿No combatiría en la ruda Germania por el evangelio de las letras? ¿No habrá sentido, a pesar del juego discursivo, que la unidad cristiana de Occidente se quebraba por algo más que por el celo nacional de los reyes? ¿O que ese mismo celo nacional traía consigo el "non serviam" particularista de la Protesta, cuyos primeros síntomas brotaban ante sus ojos por la negación del humanismo que implicaba el desprecio de los códices? Y finalmente, al ofrecerse, casi en holocausto, por la idea misionera de la Cruzada, ¿no intentaría paliar el quebrantamiento de esa unidad cristiana que se complacía en exhibir ante el Turco?

Europa vuelve por sus temas; pero, ¿podrá esta unión presuntamente tan estéril como la otra, convencer o al menos impresionar, a la nueva anti-Europa que amenaza? ¿No serán los diezmos nuevamente conculcados, no quedará su nave desconsoladoramente sola en el puerto?

En todo caso, esta reflexión sobre el pensamiento de Pío II, es la fe en la fe de un hombre que creyó en su causa como para abandonar su pluma de estudioso y vestir la túnica del cruzado, ciñendo la espada de la justicia.

## II

Podría resultar ociosa la afirmación de que no hay humanismo sin Roma, sin embargo como el término suele admitir en su uso corriente acepciones incorrectas cuando no simplemente vagas, conviene recurrir a los textos para testimoniar esa preocupación. Todos los genealogistas de Dante, por ejemplo, desde Boccaccio a Cristóforo Landino, se han empeñado en señalar a los remotos Frangipani, de romana estirpe, como antecedente familiar de la ubicación florentina de los Alighieri.

En el caso de Eneas Silvio, que no utiliza las expresiones transpuestas de algún abuelo, la afirmación de referencia surge de sus propias palabras.

“Roma es mi patria, tanto como Siena, pues mi linaje, los Piccolomini, emigraron antiguamente de Roma a Siena, como lo demuestra el frecuente uso de los nombres Eneas y Silvio en nuestra familia”<sup>1</sup>.

Prurito o exquisitez erudita, podríamos preguntarnos; quizá, simplemente, conciencia de un valor universal, referencia final de una inquietud del tiempo que anhela expresarse en la clara afirmación de un núcleo de aspiraciones perseguidas. Porque pocos como él, llegaron a embeberse en los problemas del siglo, abandonando la plácida pero abstracta quietud del gabinete, para participar y vivir en la historia que se construía. Ese equilibrio entre ciencia y conciencia, entre estudio y vida, es su característica saliente y todos aquellos que de un modo u otro se aproximaron a su personalidad histórica no pudieron menos que reconocerlo. Lejos ya la figura del sueño retórico, “por su equilibrio mental, por su límpida claridad, por su avidez eternamente despierta y por su idoneidad para desempeñar todos los papeles, todos los oficios y todas las artes, pero principalmente por haber sido discípulo modelo de la Antigüedad, Eneas Silvio Piccolomini, Pío II, sano, normal, completo, multiforme y seductor, fue uno de los hombres modelos del Renacimiento”<sup>2</sup>.

Servir de paradigma, especialmente en materia histórica, puede tener la peligrosidad de toda visión restringida. Resulta más plena de comprensión, en cambio, si se le toma como faceta ineludible de un marco vital a completarse, como la pieza que falta en un engranaje cuya labor resulta espiritualmente ilustrativa.

Tal la afirmación de Gregorovius, que por su vigor de síntesis no resistimos transcribir: “En él, sobre el trono pontificio, la cultura de su edad tomó forma urbana y electa, del mismo modo que la que aparece, sobre

<sup>1</sup> PIUS II, *Commentarii IV*, pág. 206. J. BURCKHARDT, *La Cultura del Renacimiento en Italia*, Losada, Buenos Aires, 1944, pág. 152.

<sup>2</sup> PH. MONNIER, *El “Quattrocento” (Historia literaria del siglo XV italiano)*, Argos, Buenos Aires, 1950, I, pág. 269; J. BURCKHARDT, *Op. cit.*, pág. 246.

el trono de príncipe, en Federico de Urbino o en Alfonso de Aragón. Fue justamente en gracia de aquella cultura, de la riqueza de su saber, del atractivo de su ingenio, que Pío II tornó en decoro del papado; su persona completa la serie de los pontífices, entre los cuales, a causa del gran número de ellos y de los muchos siglos, no hubo índole de hombre que no hiciese aparición; y su perfil esplende por su carácter vivaz y agudo, cual, antes de él, no se había visto nunca sobre la cátedra santa. Fue verdaderamente hijo de su siglo; de ahí con buena razón fue dicho que aquel habilísimo toscano, lleno de tantas cualidades variadas, lleno de las dotes más seductoras, es un espejo en el que, con clarísima imagen, se refleja el genio de su tiempo. En naturalezas como la suya, formada por tanta variedad de facetas, reverbera el mundo”<sup>3</sup>.

Y no es porque se trate aquí de “dorar al santo” en lugar de pintar al hombre. La preocupación apologética suele dañar la imagen que se perfila y sus resultados son a menudo contraproducentes.

Tanto en las andanzas del cortesano aventurero, como en la austera majestad de la Silla Apostólica, Eneas Silvio cumplió su ciclo cabalmente. Hombre fue, sí, tornadizo y expectante, captando sutilmente con su fina antena de político, la oportunidad de la acción.

El valor personal, concebido a la manera del romance caballeresco, le es ajeno; poco héroe por demasiado hombre, diríamos y como tal experto observador; mañoso estratega, como no podía menos de enseñárselo su larga experiencia cortesana, que no era fácil substraerse a un juego aprendido demasiado pronto a costa de propios y ajenos desaciertos<sup>4</sup>. Y ambicioso, que algo había de tener que lo sostuviese en los duros e inciertos comienzos y en los no muy sólidos progresos. “Muchas son las cosas, querido Juan, que nos impulsan a continuar por la vía emprendida, pero la razón principal, es ciertamente, la ambición que, casi émula de la caridad, nos hace soportar los más graves fardos, con tal de alcanzar la fama y honores terrenos”<sup>5</sup>.

Pero, humanista al fin, con clara conciencia de su posición, lejos del estéril diletantismo de tantos pretensos humanistas, con precisa noción de la superioridad de la “pietas” sobre la “scientia”<sup>6</sup>, y con un concepto de la dignidad que corresponde a tal condición.

No serán las amenazas las que le aparten del camino, ni el temor del futuro. Ya sabrá encontrar en la vecindad de las cosas queridas, el consuelo necesario.

“La pobreza no es dura para el que está acostumbrado. Pobre fui hasta ahora. ¿Qué me importa morir en la pobreza? Y agrega “No podría quitarme las Musas, más dulces aún en la desventura”<sup>7</sup>.

En esta fiera afirmación de independencia se lee el repudio a toda forma de adulación, el mismo que le hará menospreciar a los poetastros que pensaron, vanamente por cierto, en lucrar con su presencia en la Cátedra de Pedro.

<sup>3</sup> F. GREGOROVIVS, *Storia della Città di Roma nel Medio Evo*, Sten Editrice, Torino, 1926, III,<sup>2</sup> pág. 378.

<sup>4</sup> G. PAPARELLI, *Enea Silvio Piccolomini (Pío II)*, Laterza, Bari, 1950, pág. 30.

<sup>5</sup> PIUS II, *Las miserias de la vida de corte*, III. G. PAPARELLI, *Op. cit.*, pág. 101.

<sup>6</sup> G. PAPARELLI, *Op. cit.*, pág. 73 (Enfermo de gravedad, prefirió el médico más piadoso al más hábil).

<sup>7</sup> G. PAPARELLI, *Op. cit.*, pág. 178-79. (Se le hacen presentes los riesgos que corre al oponerse a la elección del cardenal Estouteville).

III

No podía faltar al humanismo de Pío II, casi lugar común, el tema del hombre; y en él, el del hombre propio, ante todo espíritu, y más aún, espíritu cultivado.

El hombre, verdadero hombre, ha de celebrarse en el equilibrio de virtudes espirituales armonizadas por la instrumentación pedagógica. Por educación un verdadero humanista no entenderá sino el logro del hombre moral, el sólo hombre perfecto, obra de una formación que reviste determinadas exigencias<sup>8</sup>, que se expresan, no sólo en lo que se refiere a la maduración del propio espíritu, sino también a la trascendencia de la acción. Las ciencias preparan para la vida, que adquiere en este caso sus más altos matices; que no son completamente inútiles, aun cuando no fueran nocivas<sup>9</sup>.

Desinterés y utilidad, dos condiciones que debe reunir una educación así entendida. Huérfanos quedarían los bienes del alma sin el estudio, pero esa situación para anularse totalmente, necesita del recurso de la experiencia. El letrado es siempre hombre unilateral, solitario; pero no podía apetecer a Eneas Silvio, preceptista, el ejercicio de una virtud sin trascendencia. El vivir humanista es siempre un vivir para todos, un dar el propio espíritu en las obras, un ser uno en los otros.

La cultura no puede ser un fin en sí mismo, es siempre utilidad y beneficio, claro está que en sus formas más elevadas, que la noción de utilidad en el humanista, así como la de interés, no revisten atingencias materiales. Véase sino su elogio de Platón, Aristóteles, Cicerón y Agustín, que pusieron su saber al servicio del Estado<sup>10</sup>.

Pero el problema de la educación implicaba también una elección de medios. Éstos, en Pío II, resultaban inmediatamente referidos al tema de las letras clásicas, y ante el solo enunciado, entra en cuestión el debatido y opugnado tema de la poesía. Por ella saldrá Eneas Silvio a la liza, y no dejará, humanista al fin, de ser campeón de su causa. Poesía y poesías, que no eran la misma cosa, como hubieron de sentirlo en su expreso desdén los cortesanos que esperaban las migajas del banquete.

Por eso excluye y se aleja del vano retoricismo. La exaltación de la poesía obedecía en él a una fuerte exigencia moral que provenía a su vez del nuevo concepto de dignidad humana.

La poesía alcanzaba así efectos catárticos, allí donde el estudio de otras disciplinas, por ejemplo el derecho, se revelaba estéril, no alcanzando a modificar la ruda naturaleza elemental. Vuelve al ideal ciceroniano del hombre cumplido, que resume en su espíritu el néctar de muchas ciencias, no como mero ejercicio erudito sino aspirando a la cima del "homo bonus et prudens"<sup>11</sup>.

No debe extrañar, entonces, que reserve el título de poeta y orador para los que alcanzaban las cumbres de la respectiva expresión, dejando de lado los ejercicios de la pléyade de aduladores a los que conocía lo suficiente como para desechar sus flores de huerto. La inmortalidad era un asunto demasiado serio y personal como para que Eneas Silvio la confiase al juego de dedicatorias y alabanzas de sus contemporáneos<sup>12</sup>. Su

<sup>8</sup> G. SAITTA, *L'Educazione dell'Umanesimo in Italia*, La Nuova Italia Editrice, Venezia, 1928, pág. 170.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pág. 169. <sup>10</sup> *Ibid.*, pág. 163. <sup>11</sup> *Ibid.*, pág. 163.

<sup>12</sup> G. VOIGT, *II Risorgimento dell'Antichità Classica ovvero il primo secolo dell'Uma-*

defensa de la poesía resulta pues la exaltación de las mejores calidades espirituales del hombre, y su actitud frente al acervo cultural de la Antigüedad se mantiene en el equilibrio que al par le exigen, su humanismo y su cristianismo, que es casi como decir la misma cosa.

Eneas Silvio no ignora que debe combatir contra la barbarie que ve en el mundo de las letras una existencia promovida por el ocio fútil, cuando no estéril.

Su Poética, claro documento del tiempo, afirma la importancia de ese contenido en el que priman los elementos ejemplificadores, elegidos de acuerdo con la noción cristiana de lo bueno y lo útil. Enhebra así conceptos de S. Jerónimo y, comentándolos, nos aclara que a la manera de los verdaderos cristianos, cuando caen en sus manos los libros de la sabiduría profana, poetas y filósofos, los aplica a su religión, en cambio, cuando el contenido se refiere a cosas vanas, los ídolos, el amor o la preocupación de las cosas mundanas, los deja de lado como inútiles<sup>13</sup>.

Pero en suma, si atendemos a su actitud, se ve que el balance resulta favorable: "Prestan a cada personaje el lenguaje que le corresponde, pero cuando hablan en su propio nombre, enseñan los deberes que se tienen para la patria, para con los amigos, qué amor debe nutrirse para con los propios padres, cuál para el propio hermano o para el huésped, muestran cuál sea la obligación del senador, la del juez, la del jefe que parte para la guerra, cuál y cuánto el mérito que corresponde al vivir bien, y modestamente indican cuál sea el fin de la virtud, cuál el del error. Todos buscan enseñar la vía del sumo bien" ¿Y además, por qué emprenderla con los poetas?, ¿acaso no yerran también los filósofos?<sup>14</sup>

Y algo más en su preceptiva, que resulta como una exhortación de a cada uno lo suyo, porque el estudio de las letras clásicas resulta una propedéutica con fines precisos. Conocidos, leídos y estudiados los poetas, cumplida su función formativa, las letras profanas ya no tienen razón de ser. No aprobará que los Pontífices se pongan a cantar "Arma virumque cano". Los estudios deben guardar proporción, no sólo con la edad sino también con la condición de cada uno. Quisiera que un obispo hubiera aprendido, no que aprenda retórica y gramática, que hubiera conocido o que conozca a los poetas, no que comience su aprendizaje desde la Silla, que a esto último no se atrevería a exhortarlos<sup>15</sup>. ¿Acaso cuando Juliano quiso atacar a la religión cristiana no le prohibió el estudio de Homero y de los otros griegos? ¿No tendrá sentido esto si se piensa que sus enemigos actuales piensan lo mismo? Los que quieren desterrar a los poetas, los que contrarían los "studia humanitatis", sería bueno que aban-

---

nesimo, G. C. Sansoni Editore, Firenze, 1888-90, II, págs. 226-27. Su definición de los aduladores no deja lugar a dudas acerca de sus sentimientos: "Pestiferum genus hominum qui laudant quaecumque audiunt laudari, et rursus cum vituperante vituperant, negant si quis negat et affirmant si audiunt affirmantem, atque ut polupus ad speciem subiecti Sole colorem mutat, ita et isti ad voluptatem audientum sententiam variant pati et adversus iusticiam et adversum Deum testificari, si placitum esse putarint audient". (Pío II, De liberorum educatione), Cit. G. Saitta, pág. 168; G. PAPARELLI, *Op. cit.*, pág. 287.

<sup>13</sup> E. S. PICCOLOMINI, *Poética VIII*. (Edic. de G. Paparelli, en apéndice a su "Tramanesimo e Riforma", Libreria Scientifica Editrice, Napoli, 1946, pág. 112. En esto también se ve al segundo Eneas Silvio, alejado de las vanidades de su juventud, el mismo que a manera de "mea culpa", debió decir: "respingete Enea, accogliete Pio".

<sup>14</sup> *Poética*, III, *Ibid.*, pág. 101-02.

<sup>15</sup> *Poética*, II, *Ibid.*, pág. 100.

donaran el consorcio de los hombres y buscasen unirse a los brutos que a ellos se asemejan<sup>16</sup>.

Como si no fuera suficiente lo aducido, agrega: "Pero en lo que respecta a los dioses, no habría motivo para tomársela con los poetas: es un defecto de los tiempos, no de las personas. Su época no tuvo un pleno conocimiento de la verdad y del único Dios. Aquellos que adoraban como dioses a Júpiter, Saturno, Juno y Marte, eran paganos. Además de tal error no fueron víctimas los poetas más que los filósofos, ya que Sócrates, Platón, Aristóteles, Zenón de Elea, Diógenes, Aristipo, veneraron a los dioses. ¿Qué maravillarse pues si también los poetas alaban a esos dioses, por los que entonces se creía habitado el cielo? El error común sirve de justificación. Si, pues, no es consentido leer a los poetas porque mencionan a los dioses, no es lícito tampoco estudiar a los filósofos, cuyos escritos están llenos del nombre de los dioses. Y agrega: "¿quién será tan insensato de sacrificar a los dioses porque los poetas los llaman tales?"<sup>17</sup>

No se deja tomar por la fácil seducción del argumento según el cual, hombres prominentes como Platón y Cicerón, desterraron a los poetas de su ciudad, que era un sueño y no una realidad histórica. Además ellos mismos fueron poetas y cultivaron el género, no siempre de manera honorable, porque Macrobio cita del primero versos difíciles de repetir. "Sea pues sagrado a vosotros, nos amonesta, que sois tan cultos, el nombre de poeta, que nunca pueblo bárbaro alguno osó profanar. Las cuevas y los desiertos responden a la voz de los poetas, las fieras, a menudo, son amansadas por el canto y se detienen, y nosotros que recibimos tan refinada educación, ¿quedaremos insensibles a la poesía?"<sup>18</sup> Es a este hombre al que se objetó, precisamente por ser un poeta, para ocupar el Solio de Pedro. En las palabras del cardenal francés Estouteville parecen resumirse las objeciones que la poesía provocaba en un sector de los hombres de iglesia del tiempo. "Y, ¿qué se ha de pensar de su formación científica? ¿Vamos a elevar a la Silla de Pedro a un poeta, para que rija a la Iglesia con disposiciones imitadas del paganismo?"<sup>19</sup> ¿Podía comprender el francés que detrás de la poesía estaba el ideal de una educación ética impregnada de alta civilidad y construída especialmente mediante la poesía y la oratoria?<sup>20</sup> ¿Sospecharía acaso que por el intermedio petrarquesco, Eneas Silvio se elevaba hasta el núcleo mismo de la elocuencia romana, lo que vale por Cicerón y en consecuencia a un programa en el que se postula el cumplimiento de la propia humanidad a través del culto de las "bonae litterae"?<sup>21</sup>

No obstante el ideal cognoscitivo de Pío II no se agotaba totalmente en la poesía. El paisaje, en su doble expresión natural y civil, atrae su inquieta mirada. Bella la imagen de Burckhardt: "La vista de la garganta de un bosque, con la audaz curva de un puente sobre la angostura, obtiene en el acto su más fina significación. También lo más singular le deleita, a su vez, por lo bello o lo perfecto y característico de su apariencia: los azulados y ondulantes campos de lino, la retama amarilla que viste los oteros, hasta la mata silvestre de especie diversa, así como deter-

<sup>16</sup> *Poética*, VI-VII, Ibid, pág. 109.    <sup>17</sup> *Poética*, III, Ibid, pág. 101.    <sup>18</sup> *Poética*, II, Ibid, pág. 99.

<sup>19</sup> Palabras en el cónclave. L. PASTOR, *Historia de los Papas*, Gustavo Gili, Editor, Barcelona, 1910, III, pág. 59.

<sup>20</sup> CL. CARBONARA, *Il secolo XV*, Fratelli Bocca, Milano, 1943, pág. 397.

<sup>21</sup> G. SAITTA, *Op. cit.*, pág. 159.

minados árboles y manantiales, que le parecen maravillas de la naturaleza<sup>22</sup>.

Y, ¿qué decir del anticuario y de su pasión por los monumentos antiguos? En guerra con Nápoles, amnistía a los arpinates por ser paisanos de Cicerón y Caio Mario<sup>23</sup>.

Otras y variadas son las pruebas de afecto por ese mundo que dio al cristianismo su basamento cultural. En dísticos por él compuestos, se lamentaba que los romanos cociesen los mármoles de las excavaciones para hacer cal, con lo que pronto quedaría destruído el patrimonio de la antigua grandeza. En fecha 28 de abril de 1462, a instancia de los conservadores y magistrados romanos, publicó una bula en la que se prohibía, bajo severas penas, que en Roma y en la campaña romana se destruyesen o dañasen para hacer cal, los antiguos edificios y monumentos, aun cuando se encontrasen en fundos privados, reservándose todavía el derecho de disponer otras cosas<sup>24</sup>.

Eneas Silvio, hombre múltiple, no sólo concebía la ciencia como una conquista personal sino que buscaba promover las condiciones necesarias para que los otros se elevasen a un plano superior, encaminados siempre en la senda de la "vita beata".

Al fundar la Universidad de Basilea, creyó bien dar la pauta que debía animar a una alta casa de estudios: "Entre las varias felicidades que el hombre mortal puede alcanzar por la gracia de Dios en esta vida efímera, no se ha de poner en último lugar la que pueda adquirir por medio de un estudio constante, la perla de las ciencias que le señala el camino de una vida buena y feliz, y hace con sus excelencias que el hombre instruído descuelle grandemente sobre los que carecen de instrucción. Hácele también semejante a Dios, y le conduce a conocer claramente los secretos del mundo. Este conocimiento ayuda a los ignorantes y eleva hasta las más altas dignidades a los que han nacido en la posición más humilde. Por esto la Santa Sede ha fomentado siempre las ciencias, preparándoles laboratorios y dándoles auxilios para su conveniente medro, con el fin de que los hombres se inclinaran con tanta mayor facilidad a procurarse un tan sublime bien, y luego que lo hubiesen adquirido lo difundieren entre otros"<sup>25</sup>.

#### IV

Antes de entrar en el análisis de los hechos que configuran la misión de Pío II, conviene considerar, aunque más no sea brevemente, lo que podríamos llamar el humanismo de Eneas Silvio. No es que en su Poética no se hayan explicitado suficientemente las condiciones de un humanismo integral. Claro estaba lo que se pretendía encontrar en el conjunto de la poesía antigua, que en su pensamiento no desmerecía del legado filosófico que nadie discutía. Aquí se trata de precisar en consecuencia, con toda claridad, cuál sea el contenido del humanismo, tan diverso según los respectivos enfoques: o simple vuelta de la cultura antigua, o exaltación del individualismo del espíritu, en una actitud que sólo corresponde a postulaciones posteriores de esencia antihumanista. Y

<sup>22</sup> J. BURCKHARDT, *Op. cit.*, pág. 247.    <sup>23</sup> *Ibid.*, pág. 151.

<sup>24</sup> Pío PASCHINI, *Roma nel Rinascimento*, Licinio Cappelli Editore, Bologna, 1940, pág. 213.    <sup>25</sup> L. Pastor, *Op. cit.*, III, pág. 86-87.

también interesa, al margen de la definición conceptual, el grado de participación que cabe al ilustre y noble Piccolomini.

Corresponde a Toffanin y como secuencia lógica a su discípulo Paparelli, el haber puesto el acento sobre la precisa alianza de fe y sabiduría que transparenta el humanismo de Pío II. La inserción del dogma cristiano en el basamento de la metafísica clásica, lo que equivale a exacto equilibrio de naturaleza y gracia, no podía escapar a quien ha dedicado su vida a esclarecer la relación que conformó en sus líneas fundamentales la cultura occidental. La afirmación de esos dos grandes valores, substanciados en la formulación de una original universalidad, no hacía más que señalar el tránsito lógico que de Platón y Cicerón bajaba hasta San Agustín, para proyectarse luego gallardamente en la fe, en la razón que transparenta en la arquitectura de las Sumas y en el divino poema dantesco.

Ya en los albores del dramático siglo XIII se veían con claridad las líneas que desde cierto misticismo heterodoxo y particularista, irían a desembocar en la profunda irracionalidad de los pretendidos movimientos purificadores que se sucederían luego en Occidente. La tradición de los Padres, los primeros que vivieron las experiencias del grande equilibrio entre fe y razón, habría de reencontrarse en la actitud de aquellos que se levantaban a la vez contra la superstición de la ciencia y los desequilibrios de la espiritualidad<sup>26</sup>.

Que el humanismo era eso precisamente, "reencuentro en la poesía antigua de los eternos principios de la inmortalidad del alma y de la Providencia de Dios, que el averroísmo había negado oponiendo a los Poetas y Teólogos el propio procedimiento *naturaliter* y que constituían el mejor fundamento de aquellos valores morales que la ciencia positivista greco-árabe había hecho depender del devenir físico del mundo"<sup>27</sup>. De ahí que ese saber adquiría de pronto profundas resonancias vitales y se alejaba de todo pretendido escaqueo diletante. Ese saber dejaba de ser un hecho del intelecto para ubicarse en el plano de la conciencia, y una cultura que no tuviere como lógica consecuencia una paralela elevación del espíritu a un grado superior de humanidad dejaba de interesarles por carecer de substancia vital. Más que acumulación de saber se perseguía el logro de la virtud, que sólo habría de lograrse en la temática humanista por una real fusión de ciencia y piedad, lo que vale por Sapientia, es decir, ecuánime claridad en el camino de la "vita beata"<sup>28</sup>.

En esta última instancia reside el nudo del problema que no ha de tardar en debatirse y en el que humanismo y antihumanismo librarán su batalla gigante. Porque, y esto es indudable, la alta fórmula humanística es una fórmula de alto contenido moral. ¿Qué otro sentido podía tener sino la programación de un "ars bene beateque vivendi"? ¿Y qué quedaría de él en una religiosidad que postulaba la inutilidad de las buenas obras y una dudosa unión del alma con Dios? En estos términos la fórmula del bien vivir (*bonum vivere*) perdía su sentido más elemental, más aún carecía de sentido.

A la luz de estas preocupaciones se advertirá luego con mayor claridad, el sentido de la obra evangelizadora de Eneas Silvio en Germania,

<sup>26</sup> G. TOFFANIN, *Introduzione*, págs. IX.

<sup>27</sup> R. MONTANO, *Autunno del Medioevo*, en la *Rinascita*, IV, N° 21, pág. 714. PAPPARELLI, *Tra Umanesimo e Riforma*, pág. 63.

<sup>28</sup> G. PAPPARELLI, *Ibid.*, pág. 66.

en esa Germania que gestaba, en el ardor de sus fobias nacionales, la fractura del universalismo humanista.

Mucho lo temía Eneas Silvio, y no sin fundamento, como la posterior experiencia demostraría, que detrás de la indiferencia, cuando no de la aversión por las letras clásicas se escondiese el repudio a Roma. De ahí a la negación de la idea ecuménica que la ciudad simbolizaba, no había más que un paso<sup>29</sup>.

De estas consideraciones se desprende el arcaísmo de algunas definiciones del humanismo de Pío II, cuando no de lo que se considera su superación del humanismo contemporáneo. El equívoco resulta, si nos atenemos a ciertas manifestaciones de Monnier y Gregorovius<sup>30</sup>, de ver en el humanismo una simple vuelta de los ideales clásicos de la antigüedad. En este caso se insiste en oponer la experiencia mundana de Eneas Silvio y la rica acumulación de un saber con facetas diversas a una mera imitación de formas clásicas a la manera de algunos de sus contemporáneos. Esta pretendida superación del humanismo por parte de Pío II se concretaba en la fórmula según la cual resultaba un precursor de la modernidad, cosa evidentemente dudosa si tenemos en cuenta que la modernidad se expresa por el triunfo de formas y creaciones particularistas ambientadas en el marco de las nacionalidades. Desde este punto de vista, Eneas Silvio resulta un valor de carácter negativo, porque su adhesión a valores de tipo universal resulta demasiado evidente.

La confusión de conceptos surge de dos afirmaciones tradicionales que hoy no pueden aceptarse sino con fuertes reservas. La primera considera al humanismo como algo que adherido a un período histórico concreto se convierte en antesala del mundo moderno. La segunda en entender que toda postulación de carácter universal, sea en lo político, en lo religioso o en lo cultural, reviste inevitablemente un carácter medieval.

Dentro de estas posibilidades, Pío II resulta demasiado amplio para ser considerado un simple humanista y demasiado estrecho para ser considerado un hombre moderno. Porque en él, dándose todas las paradojas que permiten las apreciaciones tradicionales, se dan a un tiempo la clara afirmación de conceptos universales y la variedad de anhelos que se niegan para un humanismo que más que tal es un simple manierismo.

En una palabra, la personalidad de Pío II no admite su inserción en el marco de las definiciones caducas, salvo el caso de parecer desconcertante, y es en este desconcierto en el que insisten todos aquellos que se ocuparon de un modo u otro de su figura histórica. Aquí una vez más cabe afirmar la contradicción entre el hombre y la fórmula, cuando ésta se empeña en quedar dentro de límites demasiado precisos. Es que el humanismo de Eneas Silvio, comprometido en su autenticidad, no es un juego de formas, sino una penetración consciente en los motivos vitales que guían al hombre en su destino trascendente. Que si el estudio de las "humanae litterae" es una búsqueda del arte del bien vivir y bien morir, la Cruzada imposible es como el holocausto de una vida que se redime, ofreciéndose para compensar la indiferencia de sus contemporáneos. En el orden de las experiencias naturales, la inspiración es la muerte de Sócrates, modelo de lo que el hombre puede alcanzar sin el perfeccionamiento de la fe, que para Eneas Silvio, la fe, como cuadra a verdadero humanista no es ni más ni menos que el perfeccionamiento de la razón.

<sup>29</sup> *Ibid.*, págs. 50-52.

<sup>30</sup> PH. MONNIER, *Op. cit.* I, págs. 264-65; F. GREGOROVIVS, *Op. cit.* IV, 1, pág. 224.

Encuadrada en estos términos, su personalidad se explica históricamente sin atribuirle el carácter excepcional que se le supone, especialmente cuando se le compara con otros, y se confunde a imitadores sin originalidad con verdaderos humanistas<sup>31</sup>.

## V

Para comprender la operancia de Eneas Silvio no habrá que aguardar al sueño de la Cruzada. Si ésta era en síntesis una acción contra los bárbaros de fuera, ya antes había probado sus fuerzas contra los bárbaros de adentro, que en esos momentos, quizá nadie como él, comprendió la importancia de ciertos planteos reveladores.

El apóstol del humanismo en Germania, título que le corresponde, no por celo de panegirista, sino por la tenacidad con que trató de superar una situación histórica, vio desenvolverse ante sus ojos el cuadro complejo de intereses y sentimientos que prepararían la Protesta. Él mismo aparece vinculado a una de las fuerzas en pugna, de las dos que claramente se disputaban el predominio en Germania. Por un lado se advierte la Germania imperial, unitaria, siempre pronta a subordinar a la autoridad del jefe el interés de los sectores particulares, ligada al espíritu de una tradición secular, dominada por el mito de Carlomagno y de Roma: el Humanismo, Eneas Silvio. Del otro lado, la Germania, digamos democrática, federalista, cuyo rostro iba perfilándose en las grandes Dietas, intolerante con la tradición, impregnada de ardoroso espíritu nacionalista, en el que se armonizaban las tendencias autónomas de pueblos e Iglesias: la Protesta, Gregorio de Heimbürg.

La antítesis de Emperador y electores, lo comprendía bien Eneas Silvio, era en el fondo la oposición de dos civilizaciones. Las líneas estaban tendidas, faltaba sólo el espíritu organizador que diera sentido de programa a los antagonismos latentes. El fermento conciliar que atacaba el principio monárquico en el seno de la Iglesia, se hacía en lo político lucha entre el Emperador y los grandes príncipes electores. Nada debe extrañar entonces si el Imperio y la Iglesia coincidían una vez luego de tantos siglos de lucha. Se unían ante el peligro común que en ambos casos era corrupción del universalismo<sup>32</sup>. La inteligencia de Eneas Silvio no dejaba de penetrar detrás de las circunstancias externas, en el nudo del problema. En Italia la prédica de Bernardino de Siena, aun refiriéndose a la Iglesia primitiva, huía del demagogismo y no hacía de la mención un motivo de crítica para la Iglesia del presente.

Los alemanes por el contrario, envolvían en una sola las dos aversiones, la que se dirigía contra el paganismo cultural y la mundanalidad esplendente de la Iglesia. Al respecto la definición del Papa es concluyente: "Los que quieren pobres a los ministros de Cristo, no los quieren así para que vivan mejor, sino para poderlos despreciar".

Los que se escandalizan porque la Curia es rica son los mismos que se escandalizan porque es sabia y envuelven en una misma condena sus tesoros y sus libros<sup>34</sup>.

De ahí que en esa Germania convulsa y separatista, acudiera Eneas

<sup>31</sup> G. PAPARELLI, *Enea Silvio Piccolomini*, págs. 349-54.

<sup>32</sup> *Ibid.* págs. 148-49. <sup>33</sup> *Ibid.*, págs. 102-03. <sup>34</sup> G. TOFFANIN, *Op. cit.*, págs. XXIX-XXXII.

Silvio a las "humanae litterae" para apuntalar una institución que ni las armas ni la teología lograban ya sostener<sup>35</sup>.

Una misión era así su misión, y soñaba con poder conquistar para las letras y las Musas a ese país de hierro. Allí donde las fuerzas del Imperio habían fallado, podía resultar el latín. Le animaba un espíritu de cruzado, herencia de toda una tradición, en la que se daban la mano la vieja y la nueva Roma<sup>36</sup>.

Pero aquí, como si la historia se empeñara en torcer las mejores intenciones, el humanismo revestirá inmediatamente una dirección contraria a su misma esencia. El humanismo se hará alemán, se nacionalizará, y por extraña ironía vendrá a fundamentar el antihumanismo<sup>37</sup>.

Cabría preguntarse cómo fue posible un proceso tan en contra de las aspiraciones constantes del humanismo y la respuesta sería difícil sino se tuviesen en cuenta algunas circunstancias reveladoras. Los alemanes no resistían la superioridad del latín ni pretendían ocultarla, aun siendo evidentes sus aspiraciones a un idioma nacional que expresara los anhelos propios de Germania: pero sucedía que buscando detrás del latín encontraban el motivo religioso y entonces las cosas ya no se les presentaban tan propicias. Si yendo más allá, bajo el motivo religioso, descubrían como síntesis de todo, el rostro de Roma, entonces se produce el nacimiento de Lutero y la Protesta entra en acto<sup>38</sup>. Eneas Silvio llegaría demasiado tarde para que su cruzada humanista pudiera penetrar en las raíces de una cultura tan diversa en sus motivos inspiradores.

## VI

Llegamos ahora al nudo de nuestro problema, porque si era necesaria una prueba externa de esas condiciones que señalamos en el humanismo de Pío II, ésta se dará magníficamente en la epístola a Mahomet II.

Este documento, resueltamente expresivo, es la síntesis de los anhelos vitales del Papa humanista y resulta el antecedente lógico de la cruzada que acaudilló con resolución indudable. Porque si la segunda resultaba un intento de resolver con las armas el peligro turco, el primero era la expresión de una fe en las ideas que se oponían a otras en un juego dialéctico que llevaba adherida la fe en el equilibrio de la verdad.

Del planteo resultaba una antítesis entre la barbarie y los libros, entre la fuerza bruta y la "pietas", entre el Corán y el Evangelio, y sólo cuando fracasó la instancia ideológica, se pensó en la acción que restaurase la unidad del mundo católico. Donde habían fracasado los recursos de conciliación interna podía quizá servir la presencia del enemigo común.

Para comprender la doble actitud del Papa, el intento literario y el bélico, conviene decir algo sobre las reacciones que suscitó en su espíritu la caída de Constantinopla. En primer término lo que la capital de Oriente significaba aún para los humanistas como último faro de la civilización greco-romana que apagaba ahora sus luces ante los bárbaros que avanzaban, tanto más temibles cuanto a la barbarie de los hechos unían la del espíritu. Era también la fractura definitiva de esa unidad

<sup>35</sup> G. PAPARELLI, *Ibid.*, pág. 107.

<sup>36</sup> *Ibid.*, pág. 86. <sup>37</sup> *Ibid.*, págs. 74-76.

<sup>38</sup> G. PAPARELLI, *Tra Umanesimo e Riforma*, pág. 50.

mediterránea que gestada por Roma parecía responder en su pensamiento a un designio divino.

La "pietas", implícita en la Sapiencia así concebida, aparecía doblemente lesionada por el acontecimiento catastrófico, que desde este punto de vista, según señala Toffanin, merece inaugurar la modernidad<sup>39</sup>.

En la Europa occidental la reacción no fue todo lo emotiva que Eneas Silvio hubiera deseado. El Papa reinante, Nicolás V, aparecía tomado en una doble limitación que anulaba toda posibilidad de acción inmediata. Por un lado se antepone la aceptación del acuerdo firmado en Florencia en 1437 y la unión debía preceder al auxilio. Por el otro Nicolás V, literato al fin, tenderá a resolver el problema desde su punto de vista, no el de político y soldado, requerido para la ocasión. Cuando había escrito una cálida encíclica o pronunciado un pulido e inflamado discurso, creía haber cumplido con su obligación. El futuro Pío II no tardaría en reprocharle su actitud expectante y poco resoluta<sup>40</sup>.

Pero si Eneas Silvio estaba en desacuerdo con la actitud que asumía el romano Pontífice, no habría de permanecer por su parte indiferente. En carta a Nicolás V no dejaba de señalar su aflicción: "Me entristezco pensando en el templo de Santa Sofía, famosísimo en todo el mundo, abatido y profanado. Me entristezco pensando en la infinitas basílicas de santos, verdaderas joyas de arte, destruídas o devastadas por Mahoma. ¿Y qué decir de los innumerables libros que allí estaban, no conocidos aún por los latinos? ¡Ay, también los nombres de tantos grandes hombres perecerán! Y es ésta la segunda muerte de Homero, la segunda desaparición de Platón. ¿Dónde buscaremos ahora los ingenios de los filósofos y poetas? La fuente de las Musas se secó. ¡Oh, si por lo menos nos pudiese quedar algo de ingenio para poder llorar con dignas voces nuestra desventura! Bastante me aprieta el corazón y me atormenta, santísimo padre. Veo destruídos al mismo tiempo la fe y el saber"<sup>41</sup>.

Véase al mismo tiempo la dirección de sus sentimientos, no lamenta la caída de un centro político, sino la de la capital de la piedad, las letras y las artes en Oriente. El problema turco no siempre se había puesto en los mismos términos, porque si Pío II hace el intento quimérico de convertirlos, como corresponde a su condición de humanista, siglos antes, Roger Bacon había confiado más en la ciencia experimental, que se empeñaba en inculcar a los occidentales, para exterminarlos, aunque lo expresara delicadamente como "reprobación de los que no pueden ser convertidos"<sup>42</sup>.

La Cruzada, en lo que podía tener de movimiento de fuerza, resulta la segunda e inevitable etapa de la Epístola, y esto nos obliga a considerar los supuestos fundamentales que la animan. En una consideración de tipo tradicional, en la que todo intento de esta índole es caracterizado de medieval, la Cruzada se revelaba imposible. El siglo XV ya no estaba con ánimo para esta clase de empresas, y en consecuencia el programa de Pío II estaba condenado al fracaso como trasnochada elucubración de un cerebro fuera de tiempo. Sin embargo, casi un siglo después, Paulo III

<sup>39</sup> G. TOFFANIN, *Op. cit.*, pág. XI.

<sup>40</sup> L. SIMEONI, *Le Signorie*, Vallardi, Milano, 1950, I, págs. 511-12.

<sup>41</sup> E. S. P. *Epístola a Nicolás V* (Graz, 12-VII-1453). PAPARELLI, *Eneas Silvio Piccolomini*, pág. 152.

<sup>42</sup> E. GILSON, *Las Metamorfosis de la Ciudad de Dios*, Edit. Troquel, Buenos Aires, 1954, pág. 115.

logra reunir con el mismo objeto, un aparato formidable, se produce el episodio de Lepanto en el que resuenan los eternos motivos de Salamina. ¿El siglo de Montaigne estaba entonces mejor preparado que el anterior? ¿O simplemente el fracaso de la idea misionera de Pío II se debía al egoísmo circundante? Porque resultaría difícil suponer que el siglo XVI sea más medieval que el XV. Una vez más el planteo esquemático fracasa por la simple razón que no consulta los hechos<sup>43</sup>.

El casi martirio de Eneas Silvio se ofrendaba en beneficio de valores más amplios y en este caso, que resulta evidente, no es que estos valores resulten medievales, sino que reflejan los eternos motivos del espíritu comprometidos en la reconquista del Oriente.

Una prueba de esta falta de comprensión del problema es la monografía de R. Aubenas<sup>44</sup> que se detiene en la formulación tradicional de universalismo igual Medioevo, con su apéndice, humanismo igual antesala de la modernidad. Porque en esta instancia cabe preguntarse, si humanismo equivale a universalismo y éste vale por Medioevo, ¿no será el humanismo más propio del Medioevo que de la modernidad? Claro está que los defensores de la tesis tradicional no están dispuestos a aceptar las últimas consecuencias de sus propias formulaciones, y esto mismo nos obliga a detenernos brevemente en la cuestión que plantean estas equivalencias.

En primer término, creemos que la confusión resulta de identificar al humanismo con un período histórico determinado cuando es actitud accesible a todos los tiempos. En consecuencia, aunque parezca paradoja, el humanismo, firmemente insertado en la historia, resulta temporal en cuanto al intento de fijarlo en un período histórico concreto. En segundo lugar, una caracterización del humanismo a lo Gentile o a lo Croce, parece teñido de hegelianismo, vale decir de una interpretación que pretende ver en esta actitud del espíritu una avanzada del individualismo, lo que vale como prólogo de la modernidad. Pero si tenemos en cuenta lo que es el humanismo en su sentido prístino, triunfo del Logos en armónica síntesis de razón y fe, de naturaleza y gracia, veremos inmediatamente que se opone a ese repetido individualismo, a ese parcelamiento de valores que define a la modernidad. Digámoslo de una vez, el prólogo de la modernidad es germánico, no latino, es fragmentación, no integración, es antihumanismo, es Protesta. Nos llega aquí la resonancia de una frase tremendamente plástica de Pío II: "Las letras latinas viven y mueren junto con la Sede romana"<sup>45</sup>.

Éste es el universalismo de que se trata, el de todos los tiempos, no el del unitarismo medieval como pretende Aubenas. Si transcribimos sus conceptos es para que resalte mejor la pervivencia de ideas viejas en autores que escribiendo en estos últimos años, debieron haber escapado y no lo hicieron, a las categorías del siglo XVIII, con sus apéndices posteriores. "Bien que no guardando ninguna ilusión sobre su debilidad que conocía bien, considera siempre que la misión del Imperio es en lo temporal universal, como lo es también en lo espiritual, la del Papado... Anacrónico también su proyecto de cruzada. Pío II no puede ser colocado

<sup>43</sup> G. TOFFANIN, *Op. cit.*, pág. XV.

<sup>44</sup> R. AUBENAS ET R. RICARD, *L'Église et La Renaissance (1449-1517)*, *Histoire de la Eglise*, XV, Bloud et Gay, Paris, 1951.

<sup>45</sup> E. S. P. *Epístola al Cusano* (Graz, 21-VII-1453). PAPARELLI, *Eneas Silvio Piccolomini*, pág. 152.

entre los “anunciadores” de Europa”<sup>46</sup>. Y en otro lugar: “Pío II parecía el hombre capaz de unir la Europa cristiana frente a los turcos; y en efecto, ése fue su sueño. Según esto, a despecho de la aureola moderna de su espíritu y cultura, es para nosotros un hombre del medioevo”<sup>47</sup>.

Ahí tenemos la argumentación. No, Pío II no puede ser considerado un anunciador de la modernidad, aunque aún cabría preguntarnos qué es la modernidad, porque como decíamos más arriba, un siglo después, más moderno en consecuencia, la Cruzada se hace y victoriosa, ¿y qué decir de la unidad de la Europa medieval que en los hechos es de tan difícil identificación?

¿Y esta debatida y contemporánea unión de Europa es también medieval? Terrible desilusión, sin duda para todos aquellos que se preocupan en extraer de los textos una imagen sin mácula de la modernidad. Estamos tan satisfechos de ella que quizá por hastío de bienestar no nos parece tan limitada la figura de Eneas Silvio, ni nos preocupa demasiado el incluirlo entre los profetas del nuevo tiempo, porque entendemos que el documento que pasamos a analizar es el programa resumido del humanismo eterno, en sus límites precisos, y si sueño, una vez más la ficción supera a la realidad.

Con un puntillo de ironía, Aubenas aclara que, más que ejercicio de erudición libresca, la Epístola debe ser tomada muy en serio<sup>48</sup>. Tan en serio acotaríamos, como la fe en la fuerza de las ideas. ¿No era ésta acaso una de las características de la modernidad? La otra, para dejar el argumento, una extraordinaria capacidad para descubrir las contradicciones de los demás, ignorando las propias.

## VII

El intento de Pío II, ideal tanto en el orden de la fuerza como en el de la convicción, quedaba tomado en las circunstancias del momento. Su presencia en la Silla, significó ante todo, una rápida reacción contra la indiferencia que hasta entonces había animado por igual a sus predecesores y a los príncipes del siglo. El clima de desconcierto se trasparentó incluso en el cónclave que había de finalizar con la elección de Pío II. El obispo de Torcello, Domenico dei Dominichi, se expresó claramente sobre el particular, antes del enclaustramiento que precede a las votaciones.

“Los príncipes seculares, alimentan mutuas discordias y toman contra su propia carne las armas que debían llevar contra los turcos, y nadie cuidó de reconciliarlos entre sí. Las costumbres del clero están corrompidas, y han venido a ser para los legos materia de escándalo, pervertido todo buen orden. Cada día es menor el prestigio de la Iglesia y el poder de sus censuras parece casi extinguido. ¿Quién lo ha suscitado de nuevo? La Curia romana está en muchas cosas deformada, ¿quién la ha reformado?”<sup>49</sup>

La presencia de Eneas Silvio en la cátedra de Pedro constituyó inmediatamente un hecho inusitado. Los que temían la vanidad del poeta quedaron desilusionados, los que deseaban su presencia, también. El hombre de letras, sin dejar de serlo resultó contra las previsiones un gran Pontífice, plenamente consciente de su misión. Las admoniciones antes cita-

<sup>46</sup> R. AUBENAS, *Op. cit.*, pág. 64. <sup>47</sup> *Ibid.*, pág. 48. <sup>48</sup> *Ibid.*, pág. 63.

<sup>49</sup> *Códice Vaticano N° 3675. L. PASTOR, Op. cit.*, III, pág. 57.

das, encontrarían amplio eco en su corazón, aunque el apoyo de sus contemporáneos, magrísimo, les restase eficacia.

El unir a los pueblos y a los príncipes contra el turco, no era simplemente como supone Saitta, un reflejo de su constante deseo de gloria<sup>50</sup>, sino la comprensión última de que el destino de Europa se jugaba en la partida. Se jugaba doblemente, porque no era sólo la acechanza de la barbarie externa, negación a un tiempo del Evangelio y la cultura, sino el peligro que se advertía en el temblor subterráneo, que en el seno de Occidente presagiaba igual negación. Si por un lado se buscaba salvar la unidad mediterránea, conformada en seculares ideales, por el otro se trataba de evitar la parcelación que tantas consecuencias, visibles e invisibles, acarrearía luego.

Si la idea de Cruzada alcanzaba su concreción en viejas tradiciones occidentales, la Epístola a Mahomet II resultaba su apéndice lógico, con un programa humanístico que expresaba con los anhelos de un hombre, la esencia de una cosmovisión que amenazaba desaparecer. Porque estamos perfectamente concordes con Paparelli en que la epístola resulta como la sublimación de toda la obra de Eneas Silvio, y una muestra explícita que el humanismo, más que pura ejercitación literaria, es una concreta concepción vital, impregnada de alto espiritualismo<sup>51</sup>.

Puede discutirse la trascendencia de la Epístola, llegada a un medio ignaro y abiertamente adverso; puede lamentarse incluso, que el destinatario no supiese latín (Del Lungo), pero en ese caso el bello documento no hubiese nacido por inoperante. Porque “si Mahomet hubiese sabido latín en el sentido que Pío II entendía, no habría habido necesidad de escribirla. El jefe del Islam habría venido por sí, en una mano la Biblia y en la otra Cicerón, a arrojarse a los pies del romano pontífice<sup>52</sup>”.

## VIII

Dilucidadas las cuestiones previas que parecían indispensables, estamos en condiciones de pasar al análisis de la Epístola a Mahomet II<sup>53</sup>.

La primera preocupación del papa humanista es la de determinar que la primacía de las ideas no excluye otra clase de argumentos, como sería en este caso el de la fuerza. Otra cuestión, que interfiere tangencialmente, es aquella en la que se aclara que el debate de posiciones que se propone en la Epístola no resulta del temor ante el poder del Turco, sino de una firme confianza en la bondad de los propios argumentos.

La euforia que evidencian las expresiones de Pío II puede haber provocado la sonrisa del poderoso Mahomet II, que alguna noticia tendría del minúsculo pero corrosivo juego de influencias que desgastaba las energías europeas.

En este caso, sin embargo, no nos importa tanto la reacción de Mahomet II, sino, las intenciones del nuestro, ya que son sus ideas las que nos interesan. Por otra parte, en el círculo de Constantinopla no se suponía que todo fuese un juego idílico de amonestaciones sin fundamento<sup>54</sup>.

<sup>50</sup> G. SAITTA, *Op. cit.*, pág. 160. <sup>51</sup> G. PAPARELLI, *Eneas Silvio Piccolomini*, pág. 318.

<sup>52</sup> *Ibid.*, pág. 323.

<sup>53</sup> Utilizamos el texto de la bella edición de G. TOFFANIN: *Lettera a Maometto II, (Epistola ad Mahometem)*, R. Pironti e Figli, editori, Napoli, 1953.

<sup>54</sup> En Constantinopla no se ignoran los preparativos de Pío II: “Nuper auribus

Entrando en tema, Pío II comienza por desplegar ante los ojos de Mahomet II, el poder de la Europa cristiana. Habla de la vigorosa España, la belicosa Francia, la poblada Germania, la fuerte Britania, la audaz Polonia, la intrépida Hungría, y deja en último término a la rica, animosa y experta Italia, maestra en el arte militar.

Expone ante él las dificultades que desde casi un siglo experimentan los turcos ante Hungría. Si así un pueblo, le dice, detiene a tus ejércitos, ¿qué harás frente a la Europa coaligada?<sup>55</sup>

Naturalmente ésa era una posibilidad, pero Pío II no ignora que el adversario ha oído hablar de las disensiones que separan a los pueblos cristianos de Occidente. En consecuencia, cree necesaria una justificación, algo que sirva para entibiar las ilusiones que pueda concebir Mahomet II y su argumentación se enlaza, sin desfallecimientos, en torno a la idea central. No cuentes, afirma, con la división de los cristianos y la posibilidad de aprovecharla, porque les bastará saber que avanzas en territorio cristiano para que se unan espontáneamente. Tu acto habrá logrado apresurar la concordia, los odios privados se tornarán nacionales y todos correrán a armarse contra ti.

Quizá la unión total sea aún imposible, pero ni siquiera esto es necesario porque bastará con la unión de cuatro naciones para contenerte y derrotarte<sup>56</sup>.

Esto en términos generales en cuanto a Europa; pero ya en tema, no podía escapar al Pontífice la exaltación de la idea madre, del motivo central que hacía latir su corazón de humanista: la idea de Italia.

La sola mención sirve al desfile de figuras históricas, vuelven las tradiciones de la tierra imperial y junto con ellas, el recuerdo de la Italia decaída que debió ser reconquistada por el gran Belisario cumpliendo los planes de Justiniano. Pero, se pregunta, ¿venció a los italianos? No, sólo a los bárbaros godos, y ni siquiera fue Belisario el que liberó a los italianos, sino que ellos mismos vindicaron su honor. Por otra parte ¿qué derecho podían esgrimir sobre Italia él o sus progenitores que jamás la vieron ni de lejos y si en algo dudara le bastaría con invadirla?<sup>57</sup>

Pío II no desprecia ni el valor ni las conquistas de Mahomet II, pero se pregunta, ¿ante qué adversarios? Son los mismos que domeñó César con sólo tres palabras: Llegué, vi, vencí. Conviene que el Sultán no se engañe en sus perspectivas y confunda a sus vencidos con los nuevos adversarios que le esperan si decide invadir Occidente. Otra cosa son, aclara Eneas Silvio, la naturaleza, la fuerza, la mente y el ánimo de los italianos. Acostumbrados a mandar no sabrían obedecer. (Implícitas van las resonancias de la Roma áurea: *Parcere subiectis et debellare superbos*). Y no habla sólo del pasado, la Italia contemporánea posee abundantes recursos en dinero, hombres y caballos. Y buen conocedor de las circunstancias de su tiempo, Pío II, define al primero como nervio de la guerra<sup>58</sup>.

Se remite luego a la experiencia de aquellos que componen el círculo cortesano de Mahomet II, y que tuvieron ocasión de visitar a Italia, apre-

nostris in tonuit quod in partibus Italiae, ad preces et postulationem populi Venetiarum, in basilicis vestris publice facitis divulgari quod quicumque sumpserit arma contra nos et nostros suorum in hoc saeculo remissionem peccatorum eis que beatam vitam promittis in futuro" (Epistola Morbisani Magni Turcae ad Pium Papam II, 1 a 5), Edic. Toffanin, pág. 181.

<sup>55</sup> Pío II, *Epist. ad M. II*, I, 34-44, (Edic. Toffanin, pág. 110).

<sup>56</sup> *Ibid.*, I, 82-92 (111). <sup>57</sup> *Ibid.*, I, 45-61 (110). <sup>58</sup> *Ibid.*, I, 74-77 (111).

ciar sus recursos, su fuerza y su ingenio. “Pregúntale a ellos si Italia puede ser superada o vencida por tus armas o subyugada por ti”, y agrega con orgullo evidente, más grande aún si se considera la proyección de lo que se compara: “¿La conquista de Italia no fue para los mismos romanos más difícil que el dominio del mundo?”<sup>59</sup>

Toda esta euforia no empaña su sentido de la realidad y vuelve sobre su temor principal, aunque valiéndose de él para una nueva admonición: “No, hay entre los italianos y ojalá no hubiese, muchas y graves disensiones, enemistades y rencores; pero un dueño no cristiano ninguno lo querría”<sup>60</sup>.

No cree ocioso ilustrar al Sultán sobre las características y poder de los diversos Estados italianos, aunque, cabe reconocerlo, no siempre con sentido de la realidad. Porque nadie hubiese afirmado en ese momento con igual intrepidez, lo que él dice de Venecia. “Sapiente y rica, devota a Cristo, como pienso, se haría destruir antes de dejar entrar en Italia a un enemigo de la religión, y, en cuanto se empeñase, bastaría sola para vencerte sin ayuda de vecinos, tan potente es en mar y tierra”.

Sin abundar en mayores comentarios bastaría recordar la actitud pasiva y expectante que años después evidenciaría la flota veneciana ante el ataque de Otranto por los turcos.

No menos ingenua es su apreciación de las bondades de la República Florentina, pronta a diputar embajadores ante el Turco y valerse de su influencia.

No podía ignorar, Mahomet II, la magnificencia, la fuerza y los medios de Florencia. En cuanto al sentimiento religioso, la reverencia y el amor de Cristo, la afirmación puede discutirse. Y si un tal pueblo no abriría las puertas de Italia a los turcos, no sería seguramente en defensa de la religión, sino del libre juego de los negocios. Respecto de los demás Estados, la afirmación puede repetirse<sup>61</sup>.

No obstante, la oportuna recordación de las disensiones que se repite de continuo, muestra que Pío II no es tan ingenuo como podría creerse y que algunos adjetivos están al servicio de sus motivos dialécticos.

Junto con la fuerza, hay otro argumento que hace imposible el dominio de Mahomet II sobre los cristianos. El Sultán podría pensar que esta afirmación es vana porque cree ejercer ya en ese momento autoridad sobre multitud de cristianos de Oriente; pero se engaña, dice Pío II, los cristianos de su Imperio no son ortodoxos, no aceptan el fuego del Purgatorio, ni la procesión del Espíritu Santo según la fórmula latina. Además no firmaron el concilio de Florencia, y en una palabra, no están en comunión con Roma<sup>62</sup>. Pero, aún estos, no viven plácidos bajo el yugo turco. Si acogieran la fe de Mahomet II, no sufrirían más desprecios, las leyes les serían suaves, y libres en fin, podrían esperar honores y riquezas. No obstante prefieren a la holgura el yugo de la servidumbre, la flaqueza y la miseria. Éste es el hecho estupendo, la cosa divina que debe conmover al Sultán, no que pocos se desvíen de la religión cristiana, sino que tantos perseveren en ella, a pesar de la adversidad. Éste es el verdadero milagro que opera la bondad de la ley y la seguridad de la vida eterna, a la que ningún sabio ha pospuesto a la vida presente<sup>63</sup>.

La seducción del argumento lleva a Pío II a hablar de los éxitos cris-

<sup>59</sup> *Ibid.*, I, 92-97 (111).    <sup>60</sup> *Ibid.*, I, 100-03 (111).    <sup>61</sup> *Ibid.*, I, 109-16 (111).  
<sup>62</sup> *Ibid.*, II, 4-15 (113).    <sup>63</sup> *Ibid.*, XVIII, 18-31 (173).

tianos, tan abundantes como para confirmar la bondad de la doctrina, pero, sagaz en fin, reacciona contra la tentación.

La secuencia de tal afirmación llevaría a conclusiones falsas. Porque si fuera así, nada más verdadero que el politeísmo de Alejandro, que recorrió el Oriente con sus armas triunfantes. Que no se engañe en consecuencia, Mahomet II, porque el éxito suele ser prueba efímera que muchas veces se torna contra el que lo ostenta<sup>64</sup>.

El segundo cuerpo de la argumentación no se refiere a las circunstancias históricas externas, sino al contenido de ambas religiones, lo que equivale a oponer dos cosmovisiones, y da oportunidad a Pío II para exponer en justo equilibrio, los datos fundamentales del humanismo.

La segunda cuestión tratada en la Epístola, que constituye su núcleo propio es la comparación del contenido de ambas religiones, cristiana y mahomética. El cotejo, conviene señalarlo, no se refiere esencialmente al aspecto dogmático. Un hombre de la amplitud espiritual de Pío II, debía enriquecer su exposición con todos los elementos capaces de destacar la preeminencia del cristianismo, y entre los motivos secundarios, guardaría el primer lugar el factor cultural.

De ahí resulta que la primera oposición entre cristianismo y mahometismo, es la de cultura y barbarie. No podemos ni imaginar que Pío II descuidara un aspecto tan importante de la cuestión, sin dejar de lado que su planteo permanece esencialmente cristiano. El que habla, además de humanista es el Papa de la cristiandad; "No ignoras, creemos, nuestra misión, nuestro continuo afán, conservar y propagar la fe de Nuestro Señor Jesucristo"<sup>65</sup>. Y agrega, "Nosotros no consultamos los infolios de la Sibila, como alguno dice, sino el Evangelio"<sup>66</sup>.

Pero, aclarado esto, con no menos energía afirma la superioridad cultural del cristianismo. "La sabiduría, como nos enseñaron los antiguos, contiene la ciencia de las cosas divinas y humanas, y por lo tanto sávida y dulce porque destila en nuestra mente el amor de la Divinidad por lo que afirma el salmista: "Como son dulces a mi sed tus palabras, a mi boca son como la miel".

El mahometismo lejos de estimular la cultura la destruye. Entre nosotros en cambio, dice Eneas Silvio, continúan los estudios de las artes liberales. Se lee públicamente la filosofía, se escucha la teología en las escuelas y ninguna disciplina es dejada de lado. En muchas ciudades de Italia se encuentran espléndidos gimnasios literarios; en el otro lado de los Alpes, en España, Francia, Germania, Inglaterra no faltan colegios con hombres excelentes que dan sabiduría a los párvulos. Entre los cristianos es grande el empeño para que los indoctos se conviertan en doctos y puedan entender en nuestra ley la verdad infalible, porque infundida por el Espíritu Santo no puede mentir"<sup>67</sup>. No vacila en recurrir al testimonio de Aristóteles que en la Ética afirma que "el sabio es muy amigo de Dios", ni puede ser estimado sabio quien está alejado de la recta fe<sup>68</sup>. Porque ¿cuál es el primer paso de la Sabiduría? No querer errar, escuchar con alegría la verdad, especialmente en las cosas de las que depende la salvación, como es la religión que está ordenada a la vida eterna<sup>69</sup>.

Derivada de esta misma actitud, la tolerancia se impone. Lo que propone Eneas Silvio es un cotejo libre de ambas concepciones, e invita a Mahomet II a entrar en su juego, porque está convencido de que la

<sup>64</sup> *Ibid.*, XV, 58-69 (163).    <sup>65</sup> *Ibid.*, I, 131-33 (112).    <sup>66</sup> *Ibid.*, II, 3-5 (113).  
<sup>67</sup> *Ibid.*, XVII, 2-24 (168).    <sup>68</sup> *Ibid.*, V, 15-17 (126).    <sup>69</sup> *Ibid.*, V, 23-26 (126).

bondad de sus argumentos superará la oposición. “Escucha con benevolencia nuestras palabras, no nos condenes antes de habernos juzgado, no nos juzgues antes de habernos oído. Acepta en buena parte cuanto te venimos escribiendo; y lleva paciencia hasta el fin. Las cosas en las que queremos persuadirte acéptalas, si buenas; recházalas y dásalas al fuego si malas, pero no rechaces nuestra carta a priori, porque es de un cristiano, es más, del jefe de los cristianos”<sup>70</sup>.

El espíritu de libre polémica que campea en la epístola del Papa, resulta incluso una explícita refutación del bárbaro “Cree o muere” que acompañó la expansión del Islam. “Nosotros nos oponemos a tus obras, no a ti. Dios nos ordena amar a nuestros enemigos, rogar por nuestros perseguidores. Nos sentimos obligados hacia todos, sabios e ignorantes; a todos queremos salvos; griegos, latinos, judíos y sarracenos; por todos rogamos”<sup>71</sup>.

Pío II intenta mostrar a Mahomet II el contenido universal del cristianismo, oponiéndolo al viejo exclusivismo hebraico que reedita el Islam. A la contienda sangrienta que llevaría al predominio de una religión, opone el voluntario ingreso en una religión universal que acoge a todos los hombres ignorando sus particularidades para buscar detrás de ellos su esencia fundamental. El cristianismo es una religión de hijos de Dios, y en cuanto tal, ignora todo sectarismo imperialista. Esto es lo que el humanista quiere que el bárbaro comprenda y en torno al argumento escribe la Epístola. Al margen del argumento de caridad, el Pontífice desea mostrar al recipiendario la superioridad dogmática y cultural del cristianismo.

La primera cuestión es la del espíritu crítico. La Iglesia no acepta ingenuamente los datos históricos que corresponden a su origen. Se refiere a la infancia del Salvador, sobre la cual, dice Eneas Silvio, muchas cosas se escribieron, porque como es de suponer fue rica en presagios y milagros, pero a la que la prudencia y la crítica, somete a un proceso de selección, separando lo cierto de lo incierto<sup>72</sup>.

Su crítica se extiende al Antiguo Testamento del que señala cuatro versiones: hebrea, gentil, cristiana y sarracena. Comparadas todas ellas, la única que discrepa es la musulmana, posterior en el tiempo, por otra parte. Los griegos que eran gentiles, antes del advento del cristianismo, y los latinos, antes de que apareciese Mahoma, dice el Papa, no tuvieron una versión distinta de la nuestra. Tres códices contra uno no ofrecen lugar a dudas en cuanto al contenido<sup>73</sup>.

Por otra parte, “la fe del gran Pastor permanece sin cambio en la Iglesia romana, la cual nunca encontróse que errase, y no errará en eterno. Ella es madre de todos los fieles, la guía y el contralor racional de la verdad”<sup>74</sup>.

Esta superioridad de contenido, tiene su expresión concreta en la cantidad de ingenios que florecieron en la Iglesia: Agustín, Jerónimo, Ambrosio, Gregorio, Orígenes, Juan Crisóstomo, Basilio, Cirilo, Eusebio, Gregorio Nacianzeno. Nombra luego a Benito, Bernardo, Francisco, Antonio, Bernardino, Alberto y Tomás de Aquino<sup>75</sup>.

En la sucesión de cuestiones se impone una que denota a un tiempo el acierto de la elección y el espíritu humanista de Pío II.

<sup>70</sup> *Ibid.*, I, 2-8 (109).    <sup>71</sup> *Ibid.*, I, 10-15 (109).    <sup>72</sup> *Ibid.*, VI, 40-44 (131).  
<sup>73</sup> *Ibid.*, XIV, 45-67 (159).    <sup>74</sup> *Ibid.*, XIV, 110-12 (160).    <sup>75</sup> *Ibid.*, XVIII, 48-82 (174-75).

Hay verdades del cristianismo que precisamente por ser verdades, escapan al marco dogmático y se expresan universalmente. Entre ellas, fundamental, la cuestión del Verbo de Dios. “Hubo filósofos gentiles que aún antes del advento de Cristo, profesaron las mismas cosas que profesamos, ya que los platónicos, en sus libros, con claridad afirmaron que en principio era el Verbo, y el Verbo era en Dios, y Dios era el Verbo, estando éste en el principio cerca de Dios”, y agrega: “Ese pues que los platónicos llaman Verbo de Dios y dicen ser Dios, nosotros lo llamamos Hijo engendrado por Dios y lo reconocemos Dios”<sup>76</sup>.

La filosofía antigua ofrece también otros términos de comparación con los supuestos básicos del dogma cristiano, descontando desde ya lo que se refiere estrictamente a la Revelación. “Sócrates, Platón y Aristóteles, príncipe de los filósofos, en lo referente a la constitución del mundo, a la inmortalidad del alma, a Dios, creyeron las mismas cosas que los cristianos, aun cuando ignoraron algunos arcanos de la nueva ley, entonces no revelados aún”<sup>77</sup>.

Pío II prefiere no pensar que Mahomet adhiera en el fondo al supuesto materialismo de Epicuro y otros filósofos delirantes que hacen al alma muerta con el cuerpo. Se oyen aquí las resonancias del verso dantesco: “Ch’ al anima col corpo morta fanno”.

Claro está que todo depende de la referencia final a lo que se considere el sumo bien. En el caso de los cristianos, sin ninguna duda, la suprema felicidad consiste en la contemplación de Dios en su naturaleza. En este caso el goce de la mente será el apreciar su bondad. Si el hombre fue hecho para aspirar a Dios, se comprenderá que en Él reside la suprema quietud del espíritu.

En síntesis, la felicidad para el cristiano no es cosa de este mundo y la beatitud trasciende toda instancia material para descansar en el seno del Padre<sup>79</sup>.

En cambio, qué promete el paraíso musulmán, que si es trascendencia, no escapa a las categorías de este mundo. Qué distantes de las promesas cristianas están esos ríos de leche y miel, los vinos, manjares delicados, las mujeres y concubinas que pinta el paraíso de Mahoma. Aquí impera el mundo de la carne y no hay lugar para el espíritu. La grosera materialidad de tal beatificación expresa mejor que toda otra cosa, la sustancia de la religión musulmática<sup>80</sup>.

Pío II no resiste el esbozo de ambas concepciones: “¡Ve cuánta distancia entre tu beatitud y la nuestra! La nuestra corresponde a la mejor parte del hombre, el alma; la tuya, a la más vil, el cuerpo. La nuestra es mental; la tuya carnal; la nuestra fulgente y nítida, la tuya oscura y fétida, la nuestra es de los ángeles y común a Dios mismo, la tuya es común con los puercos y otras pécoras”.

“La nuestra es alabada por todos los doctos, la tuya es vituperada, la nuestra es digna del cielo, la tuya censurada aun en la tierra”<sup>81</sup>.

Esa fusión de razón y fe de que hablamos más arriba, encuentra en el tema del Pontífice, cumplida expresión, porque la ley de Mahoma, como se empeña en mostrarlo al Sultán, no sólo contradice los datos de la Escritura, sino que se opone a la razón de los filósofos. Es que esta última instancia pertenece al plano de lo que podríamos definir como

<sup>76</sup> *Ibid.*, VII, 44-49; VII, 54-56 (134). <sup>77</sup> *Ibid.*, IV, 34-37 (123). <sup>78</sup> *Ibid.*, IV, 12-14 (122). <sup>79</sup> *Ibid.*, XI, 8-9, XI, 55-57; XI, 93-94 (147-49). <sup>80</sup> *Ibid.*, XI, 19-22 (147). Nueva referencia a Epicuro en XI, 39-42 (148). <sup>81</sup> *Ibid.*, XI, 128-34 (150).

una revelación natural, en torno al principio de las “rationes seminales”, aquel “Logos spermatikos” del que habló Clemente de Alejandría, que habría florecido en las mentes privilegiadas de algunos paganos.

El humanista que había en Pío II, no podía dejar de apreciar el valor que implicaba una conquista racional de esta jerarquía. Si se tiene en cuenta la posición del recipiendario, el argumento no podía dejar de adquirir fuerza decisiva<sup>82</sup>.

Toda insistencia en este sentido, dice el Papa, es útil, especialmente si se tiene en cuenta que filósofos y teólogos, coinciden en afirmar la inserción del espíritu en el cuerpo. Para los filósofos, el intelecto viene al hombre de fuera, para los teólogos, las almas racionales son creadas de la nada, lo que equivale a afirmar su exterioridad respecto del cuerpo que animan. De esto se deduce inmediatamente, que la beatitud del alma en cuanto superior naturaleza, no puede participar de la beatitud material con la que suelen conformarse los cuerpos. La verdadera beatitud, en consecuencia, es de naturaleza espiritual<sup>83</sup>.

La tercera cuestión que plantea la Epístola toma sus datos de la experiencia histórica y se refiere a la conversión de los reyes, a la que se muestra, especialmente entre los bárbaros, como prólogo de la conversión de los pueblos. Es evidente el esfuerzo de Pío II para mostrar a Mahomet que su decisión traería consigo la del Islam. Por esa razón se empeña en argumentar con ejemplos. Lo que te mostramos, le dice, no es nuevo, posiblemente te indicamos la ruta caravanera de la historia, recorrida en el pasado por muchos grandes reyes. La cita obligada comienza con Constantino, y sigue con Clodoveo, Esteban, Recaredo, Agilulfo.

La conversión del primero le ocupa largamente, como corresponde a la trascendencia de su acto<sup>84</sup>. No debe extrañar en consecuencia, que en otros lugares de la Epístola, mencione el mismo acontecimiento y siga con la lista de emperadores hasta Juliano del que repite la fábula.

Llevado por el ardor de la argumentación, Pío II afirma que ningún emperador cristiano se manchó con el error, y en este sentido parece ignorar a los arrianos que causaron a la Iglesia diversas perturbaciones<sup>85</sup>.

En todos esos antecedentes finca Pío II su esperanza. “Tu prestigio, le dice, tu grandeza de ánimo, tu fortuna militar, pueden aún mucho sobre los musulmanes; de modo que si te pasas a nosotros, en breve todo el Oriente estará convertido. La paz del mundo depende de la voluntad de uno solo: la tuya, si te conviertes a la gracia bautismal. Depende de ti poner fin a la guerra cruel y dar a los mortales un bien inefable”<sup>86</sup>. La elocuencia del Papa alcanza su punto más alto cuando traza el cuadro de los beneficios que se derivarían de la conversión de Mahomet II. Nada se opondría a su poder, y su Imperio no reconocería límites.

“Si quieres propagar tu Imperio entre los cristianos y envolver de gloria tu nombre, no necesitas ni oro, ni armas, ni ejército, ni naves. Una pequeña cosa puede hacerte el más grande, poderoso y famoso entre los que hoy viven. Me preguntas ¿qué es? Fácil de adivinar, ni lejana de ti si lo quieres. Donde hay hombres, ella está. Se trata de un poco de agua que te bautice y te dé manera de intervenir en los ritos cristianos y creer en el Evangelio. Hecho lo cual, no habrá sobre la tierra, príncipe que te supere en gloria y te iguale en potencia. Nosotros te nombraremos Emperador de los griegos y de Oriente y lo que ahora ocupas con

<sup>82</sup> *Ibid.*, XII, 1-3 (151).      <sup>83</sup> *Ibid.*, XII, 86-88 (153).      <sup>84</sup> *Ibid.*, III, 73-144 (118-20).      <sup>85</sup> *Ibid.*, XIII, 10-27 (155).      <sup>86</sup> *Ibid.*, II, 127-33 (116).

la violencia e injustamente será tuyo por derecho. Todos los cristianos te venerarán y te harán juez de sus litigios. Los oprimidos vendrán a ti como a un común patrono, de todas partes del mundo se apelará a ti, muchos se te someterán espontáneamente, se inclinarán ante tu tribunal y te pagarán tributos. Estará entre tus facultades extinguir las nacientes tiranías, ayudar a los buenos, reprimir a los malos. Estarás en la recta vía y la Iglesia no te tocará. La caridad de la Primera Sede se volverá a ti como a otros reyes y tanto más contarás cuanto más alto estés”<sup>87</sup>.

Sólo así, el Occidente aceptaría la tutela de Mahomet, pero hay algo más, esa conversión permitiría la vuelta de los siglos áureos. Las palabras de Pío II, modelo de elocuencia, eximen de mayores comentarios.

“Oh, cuánta sería la abundancia de la paz, la exaltación de la plebe cristiana, el júbilo en todo tiempo! Volverán los tiempos de Augusto, se renovarían los que los poetas llamaron los siglos de oro, del leopardo con el cordero, el cachorro con el león, se mudarían las espadas en hoces, todo el hierro en arados y zapas, triunfaría la agricultura, se bonificarían los lugares salvajes, la tierra se llenaría de villorios y ciudades renovadas, resurgirían los ya caídos templos de Dios, se verían en alto los arruinados monasterios y repoblados de monjes, resonarían en ellos los cánticos en alabanza del Señor. ¡Oh, cuánta será tu gloria por haber restituído la paz al mundo! Y cuánto bien vendrá a ti, que habrás conducido a la sombra del eterno Pastor a todos los rebaños, y todos amarían, honrarían y exaltarían a ti, único autor de la paz y salvación común”<sup>88</sup>.

Dos razones negativas y una positiva, abonan el desarrollo dialéctico de las ideas pontificales, animando el cuadro de la Epístola. Primero la resistencia y la fuerza de Italia, que junto con Europa desilusionaría todo intento de sometimiento basado en la violencia; luego, la superioridad de contenido que en lo filosófico y teológico, evidencia el Cristianismo sobre el Islam. Finalmente, los beneficios que a todos reportaría la conversión; para el Islam su ingreso en un orden superior de cultura y religión, para Mahomet, la seguridad del acatamiento colectivo; para el Occidente y la Iglesia, la aparición de un jefe fuerte y decidido, de la estirpe de los grandes emperadores.

La Epístola a Mahomet II resulta así como la síntesis de la compleja e interesante personalidad de Eneas Silvio, Papa y humanista, en el perfecto equilibrio de estudio y doctrina. En ella, aparece la serena docencia del jefe de la Cristiandad, que habla al enemigo del presente instándolo a ser el amigo del futuro. El sueño de la Cruzada se ampara aquí en los altos motivos del humanismo tradicional, que da a la doctrina su clásica impregnación patristica.

Un siglo después, Lepanto certificaría la inutilidad de este esfuerzo dialéctico, pero en lo que interesa a la cultura de Occidente, queda la Epístola como elocuente documento de lo que el humanismo pudo dar en cuanta adecuada fusión de razón y fe, en el momento mismo en que la Germania por la que tanto había luchado, incubaba el germen del voluntarismo irracionalista de la Protesta.

<sup>87</sup> *Ibid.*, II, 25-43 (113-14). También en XIII, 54-62 (156) y XIX, 23-43 (176-77).

<sup>88</sup> *Ibid.*, II, 77-89 (115).